

Meditando con San Alfonso Amor que Jesús muestra en su Pasión

Toda la santidad y perfección de nuestras almas consiste en amar a Jesucristo, nuestro Dios, nuestro sumo Bien y nuestro Salvador. «*El que me ama –dice Jesucristo–, será amado de mi Padre*» (Jn. 14 21); «*mi Padre os ama porque vosotros me amasteis*» (Jn. 16 27).

«Unos –dice San Francisco de Sales– hacen consistir la santidad en la austeridad, otros en la oración; estos en la frecuencia de sacramentos, aquellos en las limosnas; pero todos ellos se engañan: la perfección consiste en amar a Dios de todo corazón. «La caridad –escribe el Apóstol– une y conserva todas las virtudes que hacen al hombre perfecto» (Col. 3 14). «Ama a Dios –añade San Agustín– y haz lo que quieras», porque el amor te enseñará a no hacer nada que le disguste, y a hacer todo lo que le place.

¿Y cómo no iba a merecer Dios todo nuestro amor? El nos ha amado desde toda la eternidad (Jer. 31 3); nos ha sacado luego de la nada, concediéndonos un alma creada a su semejanza, dotada de memoria, de entendimiento y de voluntad, y un cuerpo provisto de sentidos; finalmente, sabiendo que el hombre se deja ganar por los beneficios, ha creado para nosotros el cielo, la tierra, el mar, las montañas, los valles y las llanuras, los vegetales, los animales de toda especie, y en una palabra, la naturaleza entera. «*Señor y Dios mío –decía San Agustín–, todo lo que veo sobre la tierra y más elevado que ella, todo me habla y me exhorta a amarte, porque todo me dice que ha sido creado por el amor que me tienes.*»

1º Jesucristo se dio a nosotros por amor.

Para atraerse Dios todo nuestro amor, aún hizo más: se dio y se entregó a nosotros enteramente.

El eterno Padre nos dio a su propio Hijo (Jn. 3 16). Muertos estábamos todos nosotros y privados de su gracia por el pecado; un exceso de amor, en expresión del Apóstol San Pablo, movió a Dios a enviarnos a su muy amado Hijo para satisfacer por nuestras deudas y devolvernos la vida de la gracia, que habíamos perdido por el pecado (Ef. 2 4); y dándonos a su Hijo, es decir, no perdonando a su Hijo para perdonarnos a nosotros, con El nos lo ha dado todo (Rom. 8 32): su gracia, su amor, el paraíso; porque todos estos bienes son incomparablemente menores que su Hijo.

El Hijo de Dios se dio también enteramente a nosotros por amor (Gal. 2 20); y para rescatarnos de la muerte eterna y hacernos recobrar la gracia y el paraíso perdido, el Dueño del universo «*se hizo hombre*» (Jn. 1 14), «*se anonadó y se humilló hasta tomar la forma de esclavo*» (Fil. 2 7) y sujetarse a todas las miserias humanas.

2º Jesucristo quiso manifestarnos su amor por medio de su Pasión.

Y lo que más sorprende es que podía El salvarnos sin sufrir ni morir, y, sin embargo, escogió las penas, los desprecios, una muerte cruel e ignominiosa, el suplicio de la cruz, suplicio infame destinado a los malhechores (Fil. 2 8). Mas ¿por qué quiso sin necesidad alguna entregarse a todos estos tormentos? Porque nos amaba, y quería mostrarnos toda la extensión de su amor, sufriendo por nosotros lo que ningún hombre ha padecido jamás.

San Pablo, santamente ebrio de amor a Jesucristo, exclamaba: «*La caridad de Jesucristo nos urge, nos hace fuerza*» (II Cor. 5 14); dándonos con esto a entender que lo mucho que sufrió por nosotros Jesucristo es menos aún que el amor que nos ha manifestado por medio de sus sufrimientos, el cual nos obliga y casi nos fuerza a amarle.

Tan inmenso era el amor que tenía Jesucristo a los hombres, que le hacía desear la hora de su muerte para poder manifestárselo. Durante su vida solía decir: «*Yo debo ser bautizado con mi propia sangre, y ¡cuánto me tarda el ver llegar la hora de mi muerte para manifestar al hombre cuán grande es el amor que le tengo!*» (Lc. 12 50). Por esto San Juan, hablando de la noche en que dio principio la pasión del Salvador, dice que el Salvador llamaba a esta hora «*su hora*» (Jn. 13 1), porque nada deseaba tanto como el momento de su muerte, en la cual quería dar a los hombres la última prueba de su amor, muriendo por ellos en una cruz consumido de dolores.

¿Quién pudo pues, mover a un Dios a morir en un patíbulo infame en medio de dos malvados, de un modo tan ignominioso a su Majestad divina? «*El amor*—responde San Bernardo—, *el cual, sin atender a la dignidad del que ama, sólo procura manifestarse a la persona amada*».

¿Quién pudiera creer, si no nos lo asegurase la fe, que un Dios omnipotente, felicísimo y árbitro de todo, haya querido amar tanto al hombre, que ha como salido fuera de Sí mismo por el amor del hombre? «Nosotros hemos visto a la misma Sabiduría, al Verbo eterno, hecho un insensato por el exceso de amor que ha tenido a los hombres», decía San Lorenzo Justiniano. Lo mismo exclamaba Santa María Magdalena de Pazzi un día que, estando en éxtasis, tomó en sus manos el crucifijo: «¡Oh Jesús mío! Tu amor por nosotros llega hasta la locura. Sí, lo digo y lo diré siempre: el amor te hace insensato». «Pero no—replica San Dionisio Areopagita—, no es locura, sino que es propio del amor divino llevar al que ama a entregarse enteramente al objeto de su amor».

«¡Oh! Si los hombres se parasen a considerar a Jesús crucificado, y el amor que ha tenido a cada uno de ellos, ¿no se abrasarían—decía San Francisco de Sales—a la vista

de las llamas que consumen el corazón del Redentor?» ¡Qué dicha para ellos el poder arder con el fuego mismo en que arde nuestro Dios! ¡Qué alegría el verse unidos a Dios por los lazos del amor! San Buenaventura llamaba a las llagas de Jesús, flechas que hieren los corazones más insensibles, y que encienden las almas más heladas. ¡Oh! ¡Qué dardos de amor salen de esas llagas para herir los más endurecidos corazones! ¡Qué llamas para abrasar los corazones más fríos! ¡Qué cadenas, en fin, parten de este costado abierto para encadenar los corazones más rebeldes!

El venerable Juan de Avila, que amaba tan tiernamente a Jesucristo y no dejaba nunca de hablar en todos sus sermones del amor que Jesucristo nos tiene, nos dejó en su tratado sobre el amor del Redentor algunos rasgos tan vivos y preciosos, que no puedo menos de reproducirlos aquí.

«Divino Redentor mío, vos habéis amado de tal manera al hombre, que no podemos pensar en ello sin amaros; vuestro amor hace violencia a los corazones, como dice el Apóstol: «La caridad de Jesucristo nos urge» (II Cor. 5 14). Este amor que tiene Jesucristo a los hombres nace de su amor a Dios. Por esto dijo después de la Cena: «A fin de que el mundo conozca que Yo amo a mi Padre, levantémonos, vamos» (Jn. 14 21). ¿Adónde? A morir por los hombres en la cruz.

No es posible concebir cuán ardiente es este fuego del amor en el corazón de Jesucristo. Si en vez de una muerte se le hubiese mandado sufrir mil, amor tenía para cumplirlo. Si en vez de morir por todos los hombres en general, se le hubiese ordenado morir por la salud de uno solo, lo hubiera hecho tan voluntariamente por cada uno como lo hizo por todos. En fin, si en vez de estar tres horas en cruz hubiera debido permanecer en ella hasta el día del Juicio, no le faltaba amor para consentir en ello: por manera que Jesucristo amó mucho más de lo que sufrió.

¡Amor divino! ¡Cuán más ardiente sois de lo que parecéis exteriormente! En efecto, la sangre y las llagas nos muestran realmente un gran amor, pero no nos descubren todo el que hay; estas señales exteriores son muy débiles en comparación de aquel fuego inmenso de amor que por dentro os consumía. La mayor señal de amor es dar la vida por sus amigos; pero esta señal no bastó a Jesucristo para expresar todo su amor».

Este amor es el que transporta las almas cristianas y las pone fuera de sí mismas. De él nacen los vivos ardores, el deseo del martirio, la alegría en los sufrimientos, la sed de tormentos y de todo cuanto el mundo teme y aborrece. Dice San Ambrosio que el verdadero fiel cifra toda su gloria en llevar impresas en sí las señales de la cruz. La fuerza del amor de Jesucristo, que arrebató los corazones, quebranta la dureza de los nuestros.

¡Oh Dios mío! Tú has abrasado todo el mundo con tu amor. Embriaga también nuestros corazones con tan precioso vino, inflámalos con este sagrado fuego, traspásalos con este dardo saludable de tu amor. Tu cruz es la señora de los corazones; sepa todo el mundo que el mío le está sujeto enteramente. ¡Oh Jesús mío, oh amor mío! ¿Qué has hecho? ¡Tú viniste a curarme, y me has herido! ¡Viniste a enseñarme a bien vivir, y me has vuelto loco como un insensato! ¡Feliz y sensatísima locura! Pueda yo conservar la toda mi vida hasta la muerte. Señor, todo cuanto veo en la cruz me invita a amarte: el madero, los clavos, las llagas de tu cuerpo, y sobre todo tu amor. Todo me invita a amarte, y a no olvidarte jamás.

3º La meditación de la Pasión es un gran medio para conseguir el amor de Jesucristo.

San Buenaventura dice que no hay devoción más propia para santificar un alma que la meditación de la Pasión de Jesucristo, y nos aconseja meditarla todos los días, si queremos hacer progresos en el amor de Dios. Y San Agustín asegura a su vez que «*más mérito se gana derramando una sola lágrima con el recuerdo de la Pasión, que ayunando continuamente a pan y agua*». Por esto los Santos se han ocupado tanto en la Pasión del Salvador.

Por este medio San Francisco de Asís llegó a ser un serafín en carne. Lloraba un día a lágrima viva, y preguntándole alguno el motivo: «Lloro –respondió el Santo– los padecimientos e ignominias de mi Salvador; y lo que más me aflige es que los hombres por quienes tanto ha sufrido, ni siquiera piensen en ello». El balido de un cordero, o cualquier otra cosa que le recordase la Pasión, bastaba a este Santo para hacerle llorar. Un día, estando enfermo, le aconsejaban que se hiciese leer un libro de piedad. «Mi libro –respondió– es Jesús crucificado». Y así exhortaba sin cesar a sus religiosos que pensasen siempre en la Pasión.

Cualquiera que contemplando a Jesús crucificado no se enciende en el amor de Dios, no le amaré jamás.

Afectos y súplicas.

Divino Jesús, Verbo eterno, Tú pasaste treinta y tres años en los trabajos y en las penas; Tú diste tu sangre y tu vida para salvar a todos los hombres, y nada has perdonado para hacerte amar de ellos. ¿Cómo puede ser, entonces, que tantos hombres lo sepan y no te amen? Los hay, y yo soy uno de esos ingratos. De ello me arrepiento, ¡Jesús mío! Ten piedad de mí, y recibe mi corazón en reparación de la injuria que te he hecho. Sí, me arrepiento sobre todas las cosas de haberte menospreciado, y te amo con toda mi alma.

¡Oh alma mía! ¡Ama a un Dios encadenado por ti como culpable; a un Dios azotado, escarnecido y clavado en cruz por tu salvación! Sí, Salvador y Dios mío, te amo, y quiero amarte siempre. Recuérdame siempre todo lo que por mí has sufrido, para que nunca me olvide de amarte. Lazos sagrados que encadenasteis a Jesús mi Salvador, unidme estrechamente a Jesús; espinas que coronasteis su adorable cabeza, heridme de amor por mi Jesús; clavos venerables que traspasasteis a Jesús, clavadme en la cruz, a fin de que viva y muera unido con mi Redentor; sangre preciosa de Jesús, embriégame del amor divino; muerte de Jesús, hazme morir a todo afecto terreno.

Y Tú, oh María, Madre de mi Salvador y refugio de los pecadores, ayuda a un pecador que quiere amar a su Dios y que a Ti se recomienda; socórreme por el amor que tienes a Jesús, tu divino Hijo.